

***Cuando la memoria es proyecto.***

Dra. Judit Bokser Liwerant



Hoy, más que nunca, resulta necesario pensar la diversidad y el pluralismo cultural como fuentes de riqueza. Pensar los diferentes flujos creativos y las múltiples trayectorias que conforman las tradiciones civilizatorias nos permite acceder a un panorama más cercano al caleidoscópico escenario de las culturas que a un pretendido canon uniforme.

Pensar de este modo la cultura occidental es construir sobre el reconocimiento de sus más diversas trayectorias y ampliar los contenidos y el horizonte mismo de su desarrollo. La sinonimia entre aquella y un solo eje constitutivo, aun en su dominancia, como es la tradición cristiana, ha impedido descubrir la presencia de otras expresiones que como capas geológicas o bien círculos concéntricos han conformado las sociedades y las culturas. Tal es, en no pocas ocasiones, el caso de la cultura judía.

Entendemos, con Isaiah Berlin (1997), que las culturas no son nunca unitarias, nunca indivisibles, nunca orgánicas: siempre son un conjunto de ideas, elementos, patrones y comportamientos que tienen múltiples raíces y manifestaciones. Consecuentemente, reconocer en su particularidad a la cultura judía es asumir ese carácter heterogéneo, complejo y plural de la cultura occidental. Más aún, cierto es que sólo la inmersión de los

individuos en culturas específicas les puede dar acceso a lo universal, pero este universal está sustentado en los componentes particulares. Sólo así podremos evitar que tradiciones culturales particulares no sean reconocidas en su carácter constitutivo de lo universal, sean minimizados por ajenos y propios y abandonadas.

Esta reflexión inicial nos acompaña al repensar los alcances de la trayectoria cultural ashkenazí a través de la expresión literaria en yidish tal como se perfila en las páginas de *Imágenes de un Encuentro. La presencia judía en México durante la primera mitad del siglo XX*, libro que bajo mi dirección, da cuenta de las experiencias de los inmigrantes a su llegada a México. En yidish escribieron los inmigrantes-poetas, los periodistas-inmigrantes, los activistas-inmigrantes.

La llegada a nuevas tierras, los procesos de adaptación a nuevos entornos, lenguas y culturas afectaron la vitalidad y la continuidad de esta lengua y su cultura. Lo que sería un proceso natural para toda lengua y cultura, no lo fue en este caso. El exterminio del judaísmo europeo en el Holocausto erradicó las bases mismas sobre las que se había construido esta trayectoria.

Las nuevas generaciones se privarían así, progresivamente, de poder descubrir la efervescencia, la complejidad y la relevancia para la cultura universal de gran parte del encuentro entre la modernidad y el judaísmo que ciertamente se forjó en yidish (Wisse, 2000). Reflexionando sobre el efecto de considerar parroquial, inferior, si se quiere al yidish (y su consecuente abandono) Chaim Zhitlowsky afirmó con ironía "El pueblo judío y el yidish comparten casi el mismo destino. A ambos les es exigido demostrar su legitimidad en primer lugar: el pueblo judío debe demostrar que es realmente un pueblo y el yidish que es realmente una lengua".

En efecto, gran parte de la trayectoria cultural-histórica del judaísmo ashkenazí y sus transformaciones en la modernidad encuentran en la lengua

y la literatura yidish un espacio privilegiado de expresión. Es el ámbito en el que se convergen la creatividad individual, siempre original, con la trayectoria y experiencia colectiva. Y he aquí un rasgo propio de la literatura judía y en ella la literatura yidish que puede ser concebida como un aporte particular a la experiencia de Occidente: su carácter comunitario, su dimensión testimonial de la trayectoria colectiva del grupo. En dos textos centrales abocados a la discusión de la literatura y sus criterios de definición y evaluación, el canon literario- el de Harold Bloom (1994), *The Western Canon* y el de Ruth Wise, *The Modern Jewish Canon* (2000) se perfila con toda claridad la tensión entre el momento estrictamente individual y el colectivo. Mientras que Bloom enfatiza el carácter siempre personal, aun solitario, del acto de escribir y rechaza los criterios extra-literarios para evaluar una obra, Wise, reconociendo el carácter individual y la autonomía de la literatura de la escritura, enfatiza que en la tradición judía el acto de leer (y de escribir testimoniando, agreguemos) siempre se fundió en una disciplina colectiva y tuvo un significado esencial en la construcción de la identidad colectiva del grupo. Así, la centralidad del texto y de los textos, su importancia como forjadores de identidad y de conciencia grupal, le confieren a esta tradición literaria un lugar protagónico. Producción literaria que perfila una existencia colectiva a través de los momentos en los que se da el encuentro contradictorio, también atractivo en sus esperanzas y difícil en su dolor entre el judaísmo y la modernidad: en el viejo hogar y en las nuevas tierras de promisión. Cierto.

En el viejo hogar, la entonces nueva cultura en yidish acompañó la necesidad impuesta por el siglo XIX de crear nuevos mapas de significados que explicasen la realidad cambiante y proporcionaran elementos para la creación de una identidad y de una conciencia colectiva. Cierto es que dos movimientos previos, pre-modernos si se quiere, habían ya marcado el carácter y naturaleza de esta cultura judía Europea oriental: el Hasidismo y la Haskala. El Hasidismo, como movimiento religioso que desafió la

normatividad rabínica buscando recuperar la experiencia por sobre el conocimiento, la vivencia por sobre el momento cognitivo. En su acercamiento al Hasidismo, Martin Buber ha procurado dar cuenta de las causas de la renovación vivencial que el movimiento conllevó en la dinámica de las relaciones interpersonales alrededor del Zadic, cuya personalización y centralidad fue causa también de su declive. Por su parte, la Haskala, el Iluminismo judío, surgido inicialmente de la experiencia judía en los marcos de la Ilustración Europeo central, procuró dar cuenta en yidish de las transformaciones que el siglo XVIII europeo conllevaba y de la necesidad de hacerlas accesibles a los judíos, traduciendo las obras del entorno, secularizando las propias y revitalizando el idioma.

El siglo XIX condensaría una aserie de procesos y eventos que harían renacer, muchas veces de manera paradójica, la cultura en yidish: una Europa oriental en la que la Emancipación fue pospuesta, la autocracia del régimen zarista, la incomprensión del universalismo socialista, la condescendencia populista con los pogroms, los procesos de secularización, todo ello se sumó para explicar cómo en yidish se formularon nuevas posiciones ideológicas primero, y político-organizativas después, en la forma de ideologías políticas, partidos políticos y amplios movimientos sociales. Ante el debilitamiento de los sistemas simbólicos culturales tradicionales, se exigía la elaboración de nuevas explicaciones que permitiesen tornar comprensible la nueva realidad. En yidish se generó una nueva cultura, una nueva literatura, una nueva política judía autónoma. Bundistas y comunistas, yidishistas e integralistas, sionistas en todas su vertientes-liberales, socialistas, revisionistas, culturalistas, religiosos-, todos habrían de polemizar en torno a la existencia judía y sus perspectivas. Grandes debates que recrearon y animaron un pueblo milenario y en cuyo centro el tema de la lengua ocupó un lugar central. Centralidad que se expresó a través de una gran paradoja. Por una parte, fue crucial la polémica en torno al estatuto de lengua nacional y su función reconstitutiva del

pueblo y la nación: hebreo o yidish ¿uno o el otro, o bien uno y el otro? Este debate se vio acompañado por la proliferación de la producción literaria, de ensayo, cuento y poesía.

La lengua fue así instrumento de definición nacional, de destino de vida, de espacio: Europa, América, Israel: ¿elecciones o imposiciones? ¿opciones o falta de alternativas? El diálogo quedó trunco. No hubo síntesis. Hubo destrucción. Voces silenciadas. Y hubo renacimiento nacional. Las lenguas y sus debates reflejarían la impotencia y los sueños, también las nuevas realidades.

Frente a esta centralidad, se perfila a su vez tendencia que define otra paradoja lingüística e identitaria. Por su carácter diaspórico y minoritario, a lo largo de la historia y sobre todo en la modernidad, el pueblo judío se ha resistido a equiparar la lengua con la identidad nacional. Su adaptación a diferentes entornos y lenguas y la proliferación de su producción literaria en distintos idiomas se ha desarrollado junto a la centralidad del yidish y del hebreo en las propuestas de renacimiento nacional. De este modo, se conformó una literatura multilingüe que refleja y perfila la experiencia de vivir con identidades múltiples: junto al yidish y al hebreo y ciertamente al ladino, destacan las obras en alemán, ruso, francés, inglés y español que habitan el territorio de la literatura judía.

Ciertamente, las pugnas y la creación literaria en el viejo hogar constituyen un capítulo central de la historia de la propia modernidad, con su carácter a la vez incluyente y excluyente, con sus tiempos y ritmos que retrasaron las expectativas hasta cancelarlas, con su vaivén entre emancipación y antisemitismo, entre ciudadanía y persecución. Si bien, los nexos entre la modernidad y los procesos migratorios judíos no fueron unívocos, el inicio del éxodo judío moderno, tal como califica Wischnitzer a los movimientos migratorios modernos, se explica a partir de dichas relaciones. Tierras expulsoras. Emigración y traslado de bagajes humanos, lingüísticos y

literarios.

La llegada de los inmigrantes judíos a México fue un fenómeno a la vez individual y colectivo. Fue una experiencia de esperanza y desarraigo, de recreación del pasado y de apertura hacia el futuro. El yidish y su poesía reflejarían este doble carácter y estas ambivalencias. La propia trayectoria judía así como las diferencias étnicas, religiosas, culturales y lingüísticas de México como sociedad en la que la inmigración no había modificado su perfil poblacional, hicieron necesariamente más profundo y difícil el desafío. Más aún, las diferencias refractaron su especificidad.

Diversas opciones emergieron en la nueva tierra: nuevas polémicas en las que la lengua tuvo de nueva cuenta su centralidad tanto como referente para pensar la solución a la cuestión judía en el viejo continente como para forjar el futuro en el nuevo. Así cobraba fuerza la necesidad de mantener un pasado al que no se podía ni se quería renunciar, porque el pasado es identidad, es pertenencia, es ser : "cada inmigrante viaja con su pasado. Lo trae consigo, acumulado en la mochila de su alma, que es la memoria".(Mafud, 1967)

Debido a que la inmigración fue un proceso de transición geográfica y social entre diferentes mundos que comportó una experiencia radical de cambio humano, social y cultural, movilizó la necesidad de continuidad, por lo que el grupo operó como la forma primaria de mantener lo propio y construir las nuevas formas colectivas de ser. La lengua fue recurso de interacción, de recreación de interdependencias grupales a través de modelos de convivencia conocidos, en los que los lenguajes compartidos y las tradiciones culturales fueron determinantes. El yidish generó cultura, se enfrentó a la pujante lengua nacional, el hebreo, convivió con él, reubicó su lugar en función de los grandes cambios del siglo XX, de los nuevos centros de vida judía.

En este horizonte, transitando por lenguas, culturas, literaturas, se dieron lo que David Roskies llamó adecuadamente "rupturas creativas": cortes con el pasado para garantizar el futuro. Ciertamente se replantearon los referentes culturales y los idiomas, para afirmar junto a la centralidad creativa del hebreo el carácter multilingüe de la literatura judía.

Desde la relectura de los textos y fotografías de Imágenes de un Encuentro, con los códigos propios y distantes que reclaman la autonomía discursiva de la imagen y la de la propia reflexión, reveo la fuerza y la vulnerabilidad de esta trayectoria. La fotografía, como diría Barthes, conjunta realidad y pasado, por lo que al no poder mediar entre texto e imagen, añoré la posibilidad de que si bien la imagen es siempre inagotable en sus significados, nos permitiera recrear contextos que ilustran al lector los paisajes desconocidos. Para ello se hizo presente el texto en yidish: poesía yidish; ensayos en yidish. Producción de una generación fundadora. Al tiempo que responde a consideraciones exclusivamente literarias y estéticas que enfatiza Bloom como constitutivas del canon de Occidente, arroja luz sobre los dilemas colectivos en la historia, definitorios, de acuerdo a Wisse, del canon literario judío.

De este modo, el rescate del pasado también es futuro porque la memoria es proyecto y apuesta a reconocer que si bien la literatura de la destrucción ha sido central en la historia judía, el conocer la vida que fue destruida proporciona los hilos que tejen lo milenario de esta historia. También, la necesidad de descubrir las capas de trayectorias culturales que abonaron y fertilizaron un suelo cultural occidental que ha gustado verse, mo pocas veces, como homogéneo y portador de una universalidad.

Isaiah Berlin (1997), *The Proper Study of Mankind*, New York, Farrar, Staruss and Giroux.

Harold Bloom(1994), *The Western Canon: The Books and School of the Ages*, New York, Harcourt Brace Company.

Ernest Gellner(1987), *Culture, Identity and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

Julio Mafud(1967),"El desarraigo del inmigrante", en Dardo Cuneo, *Inmigración y Nacionalidad*, Buenos Aires, Piados.

Ruth Wisse (2000), *The Modern Jewish Canon,A Journey Through Language and Culture*, New York, The Free Press.